

LIBROS / ENRIQUE MURILLO

Con motivo de la Feria del Libro de Madrid, el autor pasea por la crisis del mundo editorial, sus causas, y ofrece varias sugerencias ante el panorama que padecen las librerías

La burbuja editorial

TRIBUNA

A su manera, el mundo de la edición ha vivido durante 10 años en una burbuja que, de repente, reventó como la inmobiliaria. La nueva situación, con una fuerte caída de las ventas, comienza a ser grave. Se notó el frenazo en la Navidad de hace dos años, y ha vuelto a castigar en lo que llevamos de 2011 a un sector que, mientras la burbuja se mantuvo hinchada, parecía haber dado un salto adelante de grandes proporciones. Durante los años de vacas gordas, la burbuja comenzó a crecer con las ventas extraordinarias de libros como *Quién se ha llevado mi queso*, la serie *Harry Potter*, *El código Da Vinci*, *La catedral del mar*, las dos novelas de Ruiz Zafón, sobre todo *La sombra del viento*, la segunda parte de *Los pilares de la tierra*, un breviario de optimismo mecánico titulado *El regalo*, y la trilogía *Millenium* de Stieg Larsson. Para que se entienda la medida del salto adelante, valga decir que si en los años 90 los *megasellers* como *El rey*, *La reina*, *Cruzando el umbral de la esperanza*, etcétera, alcanzaban ventas entre los 300.000 y el medio millón de ejemplares, todos esos libros más recientes mencionados, y alguno más, superaron el millón de copias vendidas.

Un país en el que la mayoría de la población consideraba que los pies de foto de *Diez minutos* ya eran excesiva lectura, que había obedecido la prohibición de leer (incluso, y especialmente, la Biblia) emitida por la casta sacerdotal tras el Concilio de Trento, que convirtió el índice de Libros Prohibidos en un volumen de páginas y entradas incontables, y que, con la dictadura de Franco, y el exilio de los intelectuales republicanos, regresó a unos índices de lectura medievales, parecía en ese periodo de bonanza

lanzarse con fervor de converso a una orgía de lectura tan incontenible como un tsunami. Es cierto que seguramente muy buena parte de esos novelones y manualillos que la gente consumía en el transporte público poseían valores de entretenimiento, y poca cosa más. Pero vendían lo que vendían y elevaban la facturación del sector a niveles nunca vistos. El conjunto era espectacular. Y parecía que estaba aquí para quedarse. Los hipermercados habían pasado a ser los principales vendedores de libros.

Coincidió esta explosión con sonadas subastas en las que las multinacionales pagaban tranquilamente un millón y medio de euros como anticipo a cuenta de los *royalties* de ciertas novelas; y cifras superiores al medio millón de euros no sólo por los premios sino también por obras de algunos autores de mucho o mediano renombre. Como el sector inmobiliario, el mundo editorial español se había vuelto loco y vivía feliz la era de la euforia. Hasta que, como en los cuentos tradicionales con moraleja, tanta felicidad y tanto diluvio de millones terminaron con un reventón de padre y muy señor mío, justo castigo para tanta codicia, tanto despilfarro.

Los *megasellers* venden desde hace año y medio la mitad o menos que esos libros millonarios de antes, o tardan año y pico en alcanzar esas cifras que antes se conseguían en seis meses. Las ventas en general cayeron el pasado año entre un 10 y un 20%, según las editoriales. Y la tendencia sigue este año. Las librerías lo están pasando muy mal. Fueron las primeras víctimas de esa caída de las ventas iniciada en Navidad de 2009, y desde enero de 2011 vuelven a sufrir. Lluve sobre mojado. La reacción, lógica, del librero consiste en regularizar *stocks*, vaciar sus estanterías. Compran a las editoriales bastante menos que antes y



Julia Navarro, en la Feria del Libro de Madrid. / EFE

devuelven mucho más. Nadie puede culparles. Han tenido que reducir sus *stocks*, reducir las compras y sustituirlas por depósitos, porque es su única forma de defenderse ante el giro negativo del mercado.

A continuación sufren los editores. Los grandes y los pequeños, la industria del entretenimiento y la artesanía de la cultura. Las imprentas tienen menos trabajo porque han bajado las tiradas de las primeras ediciones y hay menos reimpressiones que antes. Los cientos de autónomos que practican las diversas especialidades editoriales (traductores, correctores de estilo y de pruebas, diseñadores gráficos, gabinetes de prensa, etc.) tienen más dificultades para encontrar trabajo. Y la caída de ventas, que en año y medio seguramente está entre el 15 y el 30%, con picos muy superiores, no

lleva trazas de haber terminado.

Urge tomar medidas. El problema no es sólo industrial, comercial y laboral. Un país que no lee es un país menos rico mentalmente, menos libre. Se me ocurren unas cuantas ideas cuya aplicación como plan de choque tal vez podría contribuir a frenar la caída. Aplicar el IVA cero a los libros de papel; y un IVA reducido a los electrónicos. Crear un fondo ICO específico de créditos blandos para las numerosísimas microempresas del sector, sobre todo las librerías y editoriales artesanales, todas esas aventuras románticas que han enriquecido en los últimos años el panorama cultural español y que, sin alguna fuente de financiación, serán las primeras en naufragar. Aumentar, en lugar de reducir, los presupuestos para la compra de libros por parte de las bibliotecas públicas. Mejorar los programas de lecturas recomendadas y obligatorias de todo el sistema de enseñanza.

No estamos viendo una suave desaceleración sino un frenazo de dimensiones que empiezan a ser descomunales. Un grupo de libreros, distribuidores y editores independientes reunido hace unos meses en Zaragoza por iniciativa de la librería Cálamo se vio en la necesidad de modificar en parte el programa de discusiones sobre temas culturales para lanzar un grito de alarma. De entonces para acá, en apenas tres meses, la situación ha empeorado. El problema no es la Playstation ni la llegada del libro electrónico sino una consecuencia más de la crisis económica que golpea a este país, que arrastra una tradición secular de odio a la letra impresa.

Enrique Murillo es editor, traductor y escritor. Actualmente dirige la editorial Los libros del linco.

Alejo Stivel: «La música gratis está bien, pero a mí me gustaría cobrar por ella»

El argentino publica su primer disco en solitario, con versiones de Serrat, Burning...

JOSÉ FAJARDO / Madrid Cuenta la leyenda que cuando Tequila se separó, allá por 1983, Alejo Stivel (Argentina, 1959) pasó unos años sabáticos derrochando sus ahorros en largas noches de desenfreno. «Todo aquel que recuerde bien la época de finales de los 70 y principios de los 80 es porque no la vivió a fondo», asegura el cantante argentino, que hoy publica *Decíamos ayer*, su primer disco en solitario.

El álbum recupera, precisamente, 14 canciones de ese periodo tan fértil para el rock en castellano, desde *Hoy puede ser un gran día* (Joan Manuel Serrat) hasta *Enamorado de la moda juvenil* (Radio Futura). «Hacia tres décadas que no me metía en el estudio. Vuelvo a ser un novato. Por eso he preferido grabar versiones a mostrar mis canciones inéditas, que las hay», explica Stivel, que en los últimos años ha desarrollado

una fértil y muy rentable carrera como productor, en la que ha colaborado con figuras tan dispares como Joaquín Sabina o Rosa, la ex concursante de *Operación Triunfo*. «Yo estoy abierto a todo. He trabajado por dinero, porque la cantante está buena, porque los de la banda eran colegas o por ambición profesional».

En su debut como Alejo Stivel («estuve barajando la idea de llamar al proyecto Alejo's Band»), el músico colabora con Carlos Tarque, que pone su voz en *Sábado a la noche* (Moris), y Pereza, que hacen lo propio en *Qué hace una chica como tú en un sitio como éste* (Burning). Y lleva a su terreno *Ojalá*, de Silvio Rodríguez. «Te agradezco este sonido ardiente que viene a ser tu verbo de insurgencia, tu vuelta del exilio, tu mito victorioso, tu electrón, tu poema, tu tálamo sensible», escribe en el libreto del disco el cubano.



Alejo Stivel, durante un concierto con Tequila en Madrid en 2009. / GONZALO ARROYO

Yo no te pido (Pablo Milanés), *Qué demasiao* (Sabina), *Necesito un trago* (Tequila) y *Sobre un vidrio mojado* (Los Secretos) son otros de los temas que aparecen en el disco, y que se podrán escuchar por primera vez en directo el próximo 29 de junio en la sala madrileña Joy Es-lava. «Quiero estar de gira todo lo que pueda, aunque sé que las cosas no están fáciles para los artistas», se queja el cantante, para el que «la música gratis está bien, pero a mí me gustaría cobrar por ella». «Es mi trabajo y no entiendo por qué tendría que regalarlo», añade.

A pesar de este pesimismo respecto a la situación de la industria musical, y de los beneficios que obtiene con sus proyectos paralelos (el año pasado compuso la sintonía de la nueva temporada de *Cuéntame cómo pasó*), Alejo Stivel asegura que «el virus del rock» ha vuelto a picarle. «Fue en 2008, durante el *tour* de regreso que hicimos con Tequila, cuando volví a sentir ese picazón indescriptible». Aparte de volver a la carretera, Stivel continuará con su trabajo como productor. «El próximo año voy a publicar un disco con versiones de Dylan en castellano, con amigos como Bunbury y M-Clan».